

Samuel Vila

¿ES RAZONABLE LA FE CRISTIANA?



EDITORIAL CLIE

Galvani, 113

08224 TERRASSA (Barcelona)

E-mail: libros@clie.es

<http://www.clie.es>

¿ES RAZONABLE LA FE CRISTIANA?

© 2002, Editorial CLIE

Depósito Legal:

ISBN: 84-8267-336-X

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,
E.R. nº 2.910 SE– Polígono Industrial Can Trias,
C/Ramon Llull, 20– 08232 VILADECAVALLS (Barcelona)

Printed in Spain

Clasifíquese: 545 EVANGELIZACIÓN: Libaros para inconversos - Ateos
y escépticos
C.T.C. 02-07-0545-04

Referencia: 22.03.77

Índice

I. <i>¿Existe Dios?</i>	7
II. <i>¿Hay propósito en la Creación?</i>	11
Palabras del segundo Presidente de la Generalidad de Cataluña	
Hombres y no peces	
Cinco propósitos cumplidos en un solo elemento	
Razón del equilibrio ecológico	
¿Afortunadas casualidades?	
III. <i>¿Somos animales desarrollados?</i>	18
El hombre, un pequeño creador	
La compasión y el remordimiento no son fruto del cerebro	
Computadora y secretario	
¿Quién inventó la computadora?	
IV. <i>¿Existe un juicio tras la muerte?</i>	24
Las leyes de Dios son inflexibles	
Aptitud necesaria	
Descubrimiento fatal	

V. <i>¿Quién era Jesucristo?</i>	30
Por qué se dejaban matar en los circos romanos	
No podían ser falsarios	
Declaraciones sublimes o irrazonables	
Debió ser lo que dijo	
VI. <i>¿Resucitó Jesucristo?</i>	35
Ilusión o realidad	
No pudo ser un fraude	
VII. <i>Un sustituto indispensable</i>	41
VIII. <i>Religión personal</i>	48
Tres verdades esenciales	
IX. <i>Jesús va a volver</i>	54
¿Cómo acabará el desorden del mundo?	
Cinco señales del fin	
X. <i>La suprema condición</i>	62
Conversión, ¿cómo y a quién?	
Todos seguros de su salvación eterna	
Justificados y transformados	
XI. <i>Si descuidáramos...</i>	69
XII. <i>Prosiguiendo en la búsqueda de la verdad</i>	72

¿EXISTE DIOS?

Muchos hombres, al llegar a la edad de la razón, no pueden menos que hacerse preguntas como las que yo me hice allá por los 14 años, cuando empecé a dudar de la fe que me habían enseñado mis padres.

—No soy ya un niño —me dije—; no quiero ser un hipócrita aparentando creer lo que no sea cierto. Hay quienes dicen que no hay Dios y otros afirman que lo hay.

¿Existe Dios o no existe?

Pero si no hay Dios, ¿de dónde proceden todas las cosas que nos rodean organizadas de un modo tan admirable? ¿Es producto de la casualidad el mundo y sus maravillas? No parece posible, pues serían demasiadas casualidades acertadas.

Estudiaba con afán las hipótesis de la teoría de la evolución. Leí varias veces los tres tomos de *El origen de las especies*, de Carlos Darwin. Algunos conceptos me parecían razonables, mientras que otros supuestos me parecían totalmente imposibles y absurdos a menos de intervenir en ellos un poder inteligente, un propósito intencionado superior a todo el esfuerzo o deseo de los seres vivientes en su proceso de evolución. No me parecía lógico que el simple deseo de ver de un animalito ciego, bastara para crear el maravillosísimo glóbulo del ojo, tan parecido a una cámara fotográfica, muchísimo más complicada y perfecta

que la inventada por los hombres, ya que está formada por elementos mucho más sutiles que el acero o el plástico, e incluye en su inimaginable pequeñez los órganos necesarios para producir no sólo la visión, sino también la transmisión, o –diríamos hoy– la televisión al interior del cerebro. Lo mismo me decía acerca del oído, con su tímpano, huesecillos intermedios y órgano de Corti para la transmisión de los sonidos al interior del cerebro; y sobre todo de la asombrosa computadora que representa el cerebro, localizado en el interior del cráneo.

Y ante semejante duda surgían con redoblada fuerza aquellas preguntas aún más importantes, por afectarme más personalmente; es decir: ¿qué pasa cuando morimos?, ¿quedamos reducidos a la nada, o existe algo superior a la materia que permanece vivo aparte de nuestro cuerpo? En otras palabras, ¿es nuestro «yo» materia o es espíritu?

Todo ello me trajo al siguiente dilema: o bien la materia es la causa y origen de todas las cosas que existen, o bien un Espíritu Universal, anterior a la materia, es la causa de ésta y también de su admirable organización.

¿Cuál de estas dos respuestas es la más razonable? No hay que negar que ambas son misteriosas.

Que Dios exista desde la eternidad es algo difícil de concebir, pero no lo es menos el suponer que la materia existe de por sí desde siempre.

Algo empero debe haber existido de por sí, pues de la nada ninguna cosa puede salir. Si alguna vez no hubiese existido nada en el Universo, nunca hubiera

llegado a existir nada, pues la nada no puede producir nada.

De los dos misterios, ¿cuál es el más razonable y probable? Si lo eterno es la materia, ¿cómo pudo la materia inteligente organizarse a sí misma como lo vemos en la disposición de los elementos, la tierra, el aire, el agua, las lluvias, las estaciones y los órganos tan maravillosos que poseen todos los seres vivos? ¿Cómo se puede iniciar o formar la inteligencia de materia ininteligente? Nadie puede dar lo que no tiene. Ahora bien, la materia simple, lo que conocemos, tocamos y palpamos, constituido por lo que científicamente se llaman moléculas de diversas sustancias, no poseen inteligencia de por sí; sin embargo, se hallan organizados como si la tuviesen. Cada cosa, cada elemento del universo, así como cada miembro de los cuerpos vivos, se halla en su lugar, formando todo ello mundos y seres verdaderamente maravillosos.

Esto significa, me decía a mí mismo, que no somos huérfanos como seres inteligentes en un universo inmenso de materia inerte e ininteligente, sino que tenemos un padre: aquel Padre Celestial que vino a revelarnos Jesucristo; y que no existimos por pura casualidad, pues ello es hasta irracional el pensarlo.

Por otra parte, sentimos que la vida es demasiado corta para ser el objetivo absoluto de los maravillosos dones y aspiraciones que parecen ser originados por el mismo Ser indudablemente sapientísimo y poderoso que ha puesto en orden el universo.

Apenas se ha dado cuenta el hombre o la mujer de algunas de las maravillas que le rodean cuando ya

le llega el tiempo de partir o de dejar de ser, según las apariencias. Seguramente Dios no trajo el espíritu del hombre al alto grado de desarrollo alcanzado por la raza humana sin otro propósito que el de hacerlo desaparecer en la nada. Alguien ha dicho que o bien tenemos que figurarnos a Dios como un niño que se entretiene en hacer burbujas de jabón por el puro gusto de verlas desaparecer, o bien hemos de pensar de Él como de un padre que está educando a una familia de hijos para la eternidad.

Me preocupaba mucho ver que la inmensa mayoría de tales criaturas se hallan en condiciones pésimas para realizar tal educación. Esto sería cruel y absurdo si todo terminara con la muerte; pero resulta todo más comprensible y más lógico, si la vida presente es solamente una etapa de nuestra existencia, la inicial, ya que no tenemos recuerdo de ninguna cosa anterior a nuestro nacimiento (por más que algunos lo pretenden, aunque al menos no es la experiencia común en los seres humanos). Por consiguiente, debemos preocuparnos acerca de cuáles son los propósitos de este ser inteligente para con la raza humana, la única que puede darse cuenta de que vive y le repugna la idea de morir. De otro modo, sería la vida y la historia de la humanidad un conjunto de atroces injusticias, y nosotros no somos animales para conformarnos con esto, sino que tenemos conciencia moral.

Del mismo modo que no somos más sabios que el Creador (la Naturaleza bien nos lo prueba), tampoco es posible que seamos más justos que Dios, y así resultaría si todo terminara con la muerte.

¿HAY PROPÓSITO EN LA CREACIÓN?

La Biblia dice que «las cosas invisibles de Él, su eterno poder y divinidad se hacen visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa» (Romanos 1:20).

Esto significa que las pruebas de que Dios existe son tan numerosas que sólo el hombre que cierra sus ojos a toda evidencia, y sus oídos a todo razonamiento, negándose simplemente a pensar, es el que puede permanecer en su incredulidad, sobre todo en el siglo en que vivimos. Es innegable que hay misterios en la religión y que muchos hombres pensadores se han desligado de las sociedades u organizaciones religiosas que han querido establecer dogmas y piden a ellos la adhesión de las mentes humanas sobre la base de su autoridad. Estamos en un siglo de libertad de pensamiento, cuando nadie es obligado a pensar sobre los misterios religiosos de una determinada manera bajo la amenaza de coacción o persecución. Siempre ha habido grandes genios en la humanidad que no se han conformado al pensamiento estereotipado de la mayoría. En este siglo de libertad no se necesita ser un genio ni un héroe para asumir tal ac-

titud. Han desaparecido muchos tabús e imaginarios dogmas religiosos, pero no ha podido desaparecer ni desaparecerá la religión.

Palabras del segundo Presidente de La Generalidad de Cataluña

Recuerdo muy bien lo que dijo un gran catalán que fue el segundo presidente de la Generalitat de Catalunya, el desafortunado y llorado Lluís Companys. Personalmente le oí decir desde la emisora de Radio Barcelona, tratando de apaciguar a quienes creían que el alzamiento del general Franco, y la guerra a que dio lugar, les deba el derecho de incendiar iglesias y conventos: «No os canséis en vano, y concentremos todos nuestros esfuerzos para atender a los frentes de guerra, pues mientras haya mentes que piensen, y el misterio de la muerte, subsistirá la religión».

Lo cierto es que después de dar mil vueltas sobre el tema del origen de todas las cosas, la vida o la muerte, el 90 % de los científicos más notables de nuestros días está volviendo a la idea de que existe, que debe existir por fuerza, un poder inteligente detrás de la naturaleza y que una evolución casual no es la respuesta a los innumerables misterios y secretos del Universo.

Por ejemplo: ¿Cuál es, pues, el origen del mundo en que vivimos?

Nos dicen los científicos que puede ser un desprendimiento de material nebuloso del sol, cuando éste se hallaba en período de formación hace muchos millones de años.

Lo que nosotros hallamos en el presente es que el mundo está formado por materia en estado sólido, líquido y gaseoso y que toda esta materia está compuesta por átomos constituidos a su vez por electrones y protones. Todos los protones, neutrones y electrones del universo son iguales, pero no se hallan asociados del mismo modo, y ello es la razón de la diversidad de la materia.

El átomo más simple tiene un solo protón y un solo electrón dando vueltas alrededor de su núcleo; por esto es el menos pesado y se llama hidrógeno. Hay otros gases invisibles y ligeros, pero más pesados que el hidrógeno; por ejemplo, el oxígeno que tiene 8 protones, 8 neutrones y 8 electrones. Pero con solamente gases el Creador no habría construido un mundo como éste en el que vivimos. Se necesitaban elementos más sólidos. Variando la contextura del átomo, se aumenta el peso y solidez de la materia. Por ejemplo, un átomo de 28 protones y otros tantos neutrones y electrones es hierro; con 70 protones es oro, y así podríamos mencionar un centenar de materiales desde el hidrógeno y el helio, tan ligeros, hasta el uranio, que es el más pesado de todos los metales y el más rico en electrones.

Con la combinación de dos gases, el oxígeno y el hidrógeno, Dios formó el agua, ¡y con cuánta abun-

dancia la fabricó en este mundo, en contraste con la Luna y otros planetas totalmente secos!

Hombres y no peces

Pero como Dios se proponía crear, como final y corona de la creación, a un ser inteligente hecho a su imagen y semejanza, quiso que éste pudiera gozar de mucho más que de los beneficios de un mundo acuático, es decir, no quiso que los hombres fuéramos peces; por tal motivo hizo elevar las montañas mediante la fuerza del fuego interior y surgió la tierra sólida del primitivo mar universal. Inevitablemente, se observa un propósito en esta elevación, ya que en las altas montañas es donde se acumula el agua convertida en nieve para, desde allí, regar por medio de los ríos las partes bajas y llanas de la tierra.

¿Pero cómo?

Sabemos que el agua al calentarse se convierte en vapor, pero habría sido muy desagradable vivir envueltos en nubes rozando la tierra, por lo cual entre la tierra y las nubes hizo Dios formarse una capa gaseosa más pesada que el vapor de agua. Esta creación, maravillosa, pues no podemos darle otro nombre, tuvo la virtud de hacer elevar las nubes para que éstas, cabalgando sobre la atmósfera, pudiesen trasladarse de un lugar a otro de la tierra.

Cinco propósitos cumplidos en un solo elemento

¿Quién no ha pensado en lo maravilloso y afortunado que es el que la tierra se halle rodeada de esta capa gaseosa que llamamos aire? El aire cumple nada menos que cinco funciones esenciales, todas ellas utilísimas para la vida.

- 1.^a La ya antedicha de servir de vehículo a las nubes.
- 2.^a La de detectar y filtrar los rayos ultravioleta del sol que destruirían las células exteriores de todos los seres vivos. Es por tal razón que los astronautas que salen de la atmósfera tienen que protegerse con pesados uniformes de caucho.
- 3.^a Purificar la sangre de nuestros pulmones por medio de la respiración.
- 4.^a Alimentar las plantas, por medio de las hojas, que absorben su nitrógeno y que devuelven oxígeno.
- 5.^a Servir de vehículo al sonido, por las ondas que producen los choques de materia sólida y por el movimiento de las cuerdas de nuestras gargantas. Sería inútil tener oídos si no existiera el aire que produce las ondas sonoras. En esta relación maravillosa, ¿no vemos el designio y propósito de un Creador inteligentísimo? Y lo más extraordinario es que es-te gas, tan adecua-

do para la preservación y desarrollo de la vida sobre nuestro planeta, tenga la no menos conveniente cualidad de ser totalmente transparente, lo cual hace posible la visión de las cosas. Supongamos que el aire fuera tan poco transparente como lo es el vapor, y tuviéramos que estar sumergidos dentro de una espesa nube de vapor de aire denso y colorado, ¿no sería esto terriblemente fastidioso?

Tantos objetivos, todos extraordinarios, benéficos y bien concertados, no pueden haberse producido por casualidad.

Razón del equilibrio ecológico

Hemos dicho que el aire alimenta las plantas, que a su vez producen oxígeno, tan beneficioso y necesario para nuestros pulmones. Este equilibrio ecológico, ¿no supone un pensamiento previsivo en favor de los seres vivos?

Parece evidente que el propósito de las plantas es servir como lazo de unión entre los elementos de la tierra y los seres vivos del mundo animal humano. No podíamos alimentarnos de puñados de tierra; la tierra no es asimilable por nuestro organismo; pero cada planta es un laboratorio químico donde los elementos inorgánicos, o sea, calcio, sodio, hierro, etc., se convierten en elementos orgánicos llamados hidratos de

carbono y sustancias nitrogenadas, las cuales podemos asimilar para alimentar, a la vez, las células vivas de nuestro cuerpo.

¿Afortunadas casualidades?

¿Cómo es que no se han dado todas estas afortunadas casualidades ni en la Luna ni en Marte ni en ninguno de los satélites desprendidos del sol?

Nuestra respuesta, amigos, es que no son casualidades, sino un bien atinado propósito de parte de aquel Ser Sapiientísimo, que ha existido y existe detrás de la materia, a quien llamamos Dios.

El hecho de que no veamos a este Ser maravilloso, porque es tan inmenso que en Él vivimos y nos movemos y somos, como decía san Pablo a los filósofos de Atenas, no es ninguna razón para negar su existencia, cuando vemos tantas otras cosas bien preparadas y ordenadas con una sabiduría que nos deja estupefactos.

¿Y cuál era el propósito final de todo este proceso sapientísimo? ¿Hacer posible la existencia de simples animales incapaces de darse cuenta de su propia existencia y de la del autor de todas las cosas?

No lo creemos. Dios pensaba sin duda en nosotros, la raza humana, es decir, en seres capaces de reconocerle en sus obras; de amarle y vivir con Él y por Él durante una eternidad.

Y esto nos proponemos demostrar en próximos capítulos.

III

¿SOMOS ANIMALES DESARROLLADOS?

Hoy en día son pocos los que niegan de un modo absoluto la existencia de Dios, aunque varían mucho los conceptos de tal idea. Lo que más se pone en tela de juicio es la existencia de un alma espiritual en nosotros; sin embargo, hay muchas razones que nos inducen a suponerlo. La Biblia declara que el hombre ha sido creado a «imagen y semejanza de Dios», y por lo tanto es mucho más que un animal desarrollado, como muchos afirman sobre la base de hipótesis muy lejanas e inseguras.

Los animales tienen cuerpos y hasta cerebros maravillosos, pero sus facultades no corresponden a las que debe poseer el Creador y organizador de la materia física.

El hombre, un pequeño creador

Se ha observado que los animales hacen todas las cosas atraídos por sensaciones físicas externas. Comen cuando tienen hambre, beben cuando tienen sed, huyen cuando oyen algún ruido sospechoso. Todo lo restante lo hacen, por admirable que sea, por un

impulso interior que se llama instinto; no hay en ellos iniciativa intelectual ni tampoco progreso. La abeja construye un panal de celdillas octogonales que deja pasmado al más sabio geómetra, pero es obra de la especie, o sea, de Dios, por medio del instinto, no suya propia. Podríamos compararlo a una grabación interna que dicta a todos los individuos de cada especie el mismo texto, de generación en generación, pero el hombre no sólo tiene facilidades para imitar o aprender de memoria, sino que puede crear. El arquitecto, el carpintero, la modista, son creadores de objetos en su mente, a los cuales sólo falta darles forma material, lo que harán después con sus manos. Como alguien ha dicho, ¿a quién se parece este pequeño creador de la tierra sino a su Padre el Creador Supremo de los cielos?

La compasión y el remordimiento no son fruto del cerebro

En segundo lugar, el hombre tiene sentimientos morales, conserva sentimientos de compasión, no sólo hacia sus hijuelos, durante una corta temporada, como ocurre con los irracionales, por mero instinto, sino que puede compadecerse de otros seres que sufren, lo que los animales no pueden hacer. Y si no fuera por el pecado que ha desfigurado la imagen divina que el Creador puso en nosotros, se destacaría mucho más este superior instinto de amor y buena voluntad hacia nuestros semejantes.

Por la misma razón poseemos conciencia moral. ¿Quién es este yo que se levanta contra el otro yo para juzgarle y condenarle en nuestro fuero interno, aun cuando el motivo de la reprensión sea algo favorable a nosotros mismos? ¿Es un nervio que reprende a otro nervio? ¿Una neurona contra otra neurona? ¿Es —en una palabra— la materia condenando a la materia?

El animal se encuentra completamente satisfecho cuando puede saciar sus instintos, devorando a otros seres más débiles, pero el hombre es atormentado por su conciencia si aquella satisfacción es en perjuicio de un prójimo. ¿Por qué? Porque Dios es justicia y llevamos algo de este atributo divino dentro de nosotros mismos. Estos vestigios que nos quedan de la imagen de Dios en nosotros prueban nuestro origen superior, y, como consecuencia lógica, un destino mucho mejor y más elevado que el que nos presentan los filósofos de la Nada.

Computadora y secretario

Algunos dicen que nuestra alma es el cerebro. Pero esto es simplemente confundir el instrumento con el ser. El instrumento material no puede ser la causa eficiente de nuestro yo creativo, ni sustituir a nuestro yo consciente. ¿Cómo una vibración del tímpano puede convertirse en un sentimiento de odio o de amor, de placer o de tristeza? ¿Quién se alegra o entristece en o dentro de nosotros? ¿Son las neuronas

o células cerebrales? No, éstas son meros agentes transmisivos de las ideas. «Yo estoy triste con la noticia que acabo de recibir» no puede traducirse por: «Ciertas vibraciones que he recibido por el tímpano de mis oídos, han puesto tristes a las neuronas de mi cerebro».

¡No! Sin el «yo» consciente, las más admirables operaciones de la perfectísima computadora del cerebro, nada son ni significan.

El cerebro es la oficina del alma, maravillosa a todas luces en su configuración, y esto es otra prueba de la existencia de un Autor sapientísimo en la Naturaleza. En esta maravillosísima computadora de carne, el alma archiva sus recuerdos. Pero debe haber algo más que un archivo; debe existir, y existe sin duda, el secretario dueño del archivo. Vamos a poner un ejemplo muy sencillo que todos podemos comprobar.

Cuando olvidamos alguna cosa que la tenemos – como vulgarmente se dice– en la punta de la lengua, alguien recuerda que otros detalles están allí, pero que no dispone de ellos. Quizás es el nombre de una ciudad o de una persona... ¿Quién es el que posee el recuerdo del hecho o de la cosa, pero carece del detalle perdido y lo manda buscar dentro del archivo físico de neuronas? ¿Quién es el que sabe que lo sabe, que lo debe saber, pero no lo recuerda en aquel preciso momento? No es nada ni nadie material, es sin duda el yo extrafísico que llamamos alma.

Ningún filósofo materialista puede dejar de observar en la raza humana fenómenos mentales que tras-

cienden totalmente las cualidades de la materia. Ni aun estudiando la materia en su forma esencial, es decir, como átomos formados por electrones, protones, neutrones y partículas alfa, etc., puede nadie imaginarse cómo pueden ser estos infinitesimales elementos o núcleos de energía (como quiera llamárseles) el origen del pensamiento.

Pueden ser agentes de la mente, como lo es el fluido eléctrico que pasa por el hilo telefónico, pero es imposible imaginarse a tales elementos como causa del pensamiento y de las cualidades reales del espíritu, como son el odio y el amor, la abnegación, la virtud o la maldad.

¿Quién inventó la computadora?

Y aun ante la hipótesis de que el secreto de la inteligencia se hallara en estos elementos materiales, no queda justificado el materialismo, pues es a todas luces evidente que antes de que brotase la inteligencia debió existir un Ser pensante, supermaterial, que ideó desde el principio de qué forma debía hacerse para que tales materiales —o sea, lo que los neurólogos llaman células cerebrales, neuronas, fibras nerviosas, etc.— llegaran a producir la admirable luz del pensamiento. Ya que es totalmente insensato e inadmisible atribuir tal complicadísima y a todas luces intencionada invención y organización de estos elementos a la simple casualidad.

Mientras la ciencia no haya descifrado de un modo absoluto e innegable ambos misterios, tanto el de la organización del Universo como el de la mente humana, tenemos lugar para la creencia en la espiritualidad del alma, considerándola como un ente superior al cuerpo físico, si bien muy ligado a su presente habitación material.

IV

¿EXISTE UN JUICIO TRAS LA MUERTE?

El hecho de que tengamos conciencia moral nos hace presentir dos cosas: en primer lugar, que existe en nosotros algo más que materia, y, por tanto, no todo termina con la muerte. Y en segundo lugar, que el Ser Supremo que ha puesto en nosotros la noción del bien y del mal tendrá que pedir cuentas a los hombres de los actos buenos y malos realizados en la presente vida.

Para ser justo tal juicio, debería efectuarse teniendo en cuenta dos factores:

- 1.º La cantidad y carácter de los males cometidos.
- 2.º El conocimiento de la voluntad de Dios, o sea, el grado de educación moral que hayan tenido los ejecutores de tales ofensas.

La Biblia nos declara que así será. Jesús afirmó que en el juicio sería mucho más tolerable el castigo de los habitantes de Sodoma y Gomorra que el de los de Corazin, Bethsaida y Capernaum. ¿Por qué? Porque estas últimas ciudades habían tenido el privilegio de hospedar al mismo Hijo de Dios hecho hombre y

escuchar sus enseñanzas, y los habitantes de las primeras no lo habían tenido.

Algunas personas se preguntan: ¿Pero es posible que un Dios bondadoso haya de castigar a los seres humanos por los delitos o faltas a la ley moral cometidas durante su vida?

Que el Creador es un ser tan grande como inteligente y lleno de bondad, nos lo prueban las cosas buenas de las cuales, con previsión admirable, nos ha provisto en la Naturaleza. Pero al par que bueno, tenemos también razones para creer que ha de ser justo, y ello es lo que nos indica nuestra propia conciencia.

Las leyes de Dios son inflexibles

Observamos en la Naturaleza que las leyes de Dios son inflexibles. Si faltamos a cualquiera de ellas, se derivan consecuencias desastrosas, ya sea la ley de la gravedad, de la química, las electrónicas o cualquiera otra. Del mismo modo que hay leyes que regulan las funciones de la materia, existen leyes para los espíritus. ¿Será menos exigente Dios para con las leyes morales que lo es en cuanto a las leyes materiales? No lo creamos. La Sagrada Escritura nos dice que «la paga del pecado es muerte», que «el alma que pecare, esa morirá». En muchos lugares se nos asegura que la justicia divina castigará incluso aquellos pecados que nos parecen leves y de poca monta. No vale el que

nosotros nos consideremos a nosotros mismos bastante buenos. La Sagrada Escritura dice: «Si nuestro corazón no nos reprende, mayor es Dios que nuestro corazón y conoce todas las cosas». No nos podemos fiar, pues, de nuestra propia conciencia porque no somos nosotros los que tenemos que juzgarnos a nosotros mismos, sino un juez infinitamente más justo y severo, el cual conoce todas las cosas; y si nos encuentra no aptos para vivir en las mansiones felices que la Sagrada Escritura llama «el Reino de los Cielos», tendrá que recluir nuestros espíritus, de una manera misteriosa (que a nosotros no nos es dable ahora conocer), a la morada que la misma Escritura describe con vivos colores como lugar de condenación.

Aptitud necesaria

No se trata de la amenaza de un sacerdote católico o de afirmaciones imaginativas de algún pastor reformado, sino que es Cristo mismo quien declara que se verá obligado un día a rechazar de su presencia a muchos seres humanos, incluyendo algunos que pretendieron ser sus discípulos, a quienes tendrá que decir: «Apartaos de mí, que no os conozco», y nos asegura que los tales recibirán una condenación de acuerdo con su culpabilidad justamente establecida, mayor que la de muchos paganos.

Hay muchas opiniones acerca de este grave peligro del cual Cristo nos advierte, y no queremos pre-

sentarlo de alguna manera que contradiga la noción de justicia que todos reconocemos debe poseer el Creador en grado superlativo. Creemos que se ha abusado de este tópico de la condenación, de modo que, tratando de entrar en detalles que no se encuentran en el Evangelio, se ha ido más allá de lo justo, y procurando extremar la idea de peligro se ha llevado a muchas personas a pensar que no existe peligro alguno.

Pero, amigos, es tan irrazonable creer que la simple materia fuera capaz de organizarse a sí misma creando pensamiento y conciencia moral (justamente lo que ella no posee) como suponer que exista tal Ser moral e inteligente, superior a la materia, pero que es indiferente al bien y al mal, y no ha de llamar jamás a los hombres a juicio.

Jesucristo mismo aseguró que hay un juicio para los hombres en el más allá, más terrible que la misma muerte, cuando dijo: «No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer. Pero os mostraré a quién debéis temer: Temed a Aquel que después de haber quitado la vida tiene autoridad para echar en el infierno, sí os digo, a éste temed» (Lucas 12:4, 5).

Muchos dicen que ellos no han hecho mal a na-die, y Dios no puede castigarles, pero lo cierto es que aun cuando no seamos criminales de la peor ralea, sería terrible descubrir, al fin, que nos hemos equivocado en cuanto a la medida de justicia que atribuimos al Ser Supremo y que somos más responsables de lo que nos

parecería ante aquella perfección absoluta que en términos teológicos llamamos santidad.

Descubrimiento fatal

Esto lo sabremos todos en el plazo brevísimo de unos pocos años, quizás antes de finalizar el presente. No es, pues, cosa de mirar con indiferencia tan importante asunto.

Aun cuando no conozcamos en detalle, ni comprendamos exactamente lo que Cristo quiso indicarnos al hablar de condenación o perdición y se haya abusado mucho de esta ignorancia para proclamar doctrinas más allá de lo que la Biblia dice, comprendemos que aislar a los seres imperfectos de aquellos otros que cumplen perfectamente la voluntad de Dios es una exigencia moral, que se hace evidente a nuestra razón. Si un padre de familia numerosa viera a uno de sus hijos caer enfermo de un mal contagioso, tendría que aislarlo, por mucho que le amase. El amor a los demás hijos le obligaría a mostrar una aparente severidad con el paciente. Este es el caso de la enfermedad moral que se llama pecado, en relación con los miles de millones de seres morales que deben poblar el casi infinito universo. Recordad que Jesús nos enseñó a pedir: «Sea hecha tu voluntad en la tierra como se hace en los cielos». Pecado es, pues, no cumplir la voluntad de Dios. Es no amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. Ciertamente que ha

habido conceptos falsos de pecado, que conviene rectificar. Sin embargo, el pecado es una triste realidad que, tras haber causado gran infelicidad a muchas vidas a través de los siglos, está precisamente ahora en riesgo de terminar con la misma vida humana sobre el hermoso planeta Tierra. Y si hay otra vida, como presentimos, y hemos expuesto en charlas anteriores, ha de traer consecuencias no menos lamentables a los culpables al otro lado de la muerte.

Y debemos tener en cuenta que la Sagrada Escritura declara que todos estamos contagiados de esta plaga moral. «No hay justo ni aun uno –dice san Pablo–, todos pecaron y legalmente están destituidos de la gloria de Dios.»

No obstante, no tenemos razón para desesperarnos, ya que Dios ha provisto un remedio fácil y eficaz para el pecado humano.

Vamos a ver en los próximos capítulos el modo maravilloso en que Dios ha hecho posible la supresión del mal y del pecado.

¿QUIÉN ERA JESUCRISTO?

Algunos dirán: ¿qué pruebas tenemos de que Jesucristo era el Hijo de Dios y de que amó a este mundo para hablarnos con autoridad de los misterios del más allá? Las promesas de Jesús las conocemos solamente por leerlas en los Evangelios, pero ¿cuándo fueron escritos estos antiquísimos libros y quién nos garantiza que dicen la verdad?

La prueba de que los Evangelios fueron escritos en fecha muy cercana al paso de Cristo sobre la tierra, es que los hallamos citados extensamente en casi todos los escritos cristianos de los siglos II y III, lo que acredita que existían ya en aquellos primeros años, y las personas que se reunían para escuchar con veneración la lectura de aquellos documentos derramaban su sangre en los anfiteatros romanos confesando que Jesucristo era el Hijo de Dios y el Salvador de los hombres y se negaban por tal motivo a dar culto a los dioses paganos de la mitología.

¿Qué había sucedido en el pequeño país de Israel para producir tal fenómeno en todo el mundo grecorromano? Una leyenda o un rumor sin realidad histórica no habría sido suficiente para despertar un sentimiento tan vivo que llevara a las personas a despreciar las cosas más reales y más queridas, como

son la hacienda, la familia y la vida. Una cosa es dar crédito a una leyenda, y otra muy distinta es sacrificarse hasta tal punto por ella.

¿Por qué se dejaban matar en los circos romanos?

No cabe aquí referirse al argumento del fanatismo religioso. Para que se manifieste el calor debe existir antes el fuego. Para que se produzca el fanatismo religioso, como por ejemplo, el que manifiestan hoy día los habitantes del Irán, debe haberse afirmado antes durante años o siglos la causa que lo produce, o sea, la religión. Las personas pueden ser capaces de dejarse matar por cualquier fetichería que les hayan enseñado a venerar en nombre de una religión en la cual ya creen; la que han recibido en su infancia y que tiene para ellos todos los visos de realidad, por falsa que sea. Pero ninguna de estas circunstancias existían en el cristianismo primitivo, profesado por personas educadas en las religiones paganas o en el judaísmo. Estas personas habían tenido que convencerse por sí mismas de la verdad del cristianismo para hacer de él su religión en contra del común sentir y pensar de sus contemporáneos.

No podían ser falsarios

Uno de los grandes argumentos que garantiza nuestra fe cristiana es que los apóstoles no podían

inventar el dogma de la divinidad de Jesús. Los autores de los libros del Nuevo Testamento eran hebreos monoteístas para quienes la sola idea de atribuir honores divinos a un ser humano constituía un pecado que les horrorizaba; sin embargo, cuando se refieren a Jesucristo no titubean en unir su nombre con el de Dios otorgándole los honores y atributos que en el pensamiento hebreo habían sido siempre reservados a Yahveh o Jehová.

Ellos no habrían querido hacerse culpables de tan terrible blasfemia ante el fuerte y celoso Yahveh.

Además, ¿con qué motivo lo harían? ¿Qué ventajas podría producirles, ni les produjo, sino la deshonra delante de sus propias autoridades religiosas, las más terribles persecuciones y por fin una muerte violenta por martirio?

De no haber estado positivamente convencidos de la realidad que afirmaban, es seguro que no habrían acometido una empresa que sólo podía acarrearles penalidades en esta vida y luego el más terrible juicio divino por blasfemos. Esta última consideración habría pesado mucho en un partidario fanático de la secta de los fariseos, creyentes en la inmortalidad, como lo fue Saulo de Tarso, después san Pablo.

Declaraciones sublimes o irrazonables

Menos aún lo habría hecho el propio Jesucristo, humanamente un judío de su tiempo, si no hubiese tenido un conocimiento muy vivo y seguro de ser

quien dijo que era. Se necesitaba ser Dios encarnado, o estar loco de remate, para declarar: «El que quisiere salvar su vida, la perderá y el que perdiere su vida por causa de mí, éste la hallará» (Mateo 10:39). «Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar» (Mateo 11:28).

Si Él no era una manifestación genuinamente divina, uno mismo con Dios, ¿qué debemos pensar de semejantes declaraciones?

Cuando alguien me habla de Cristo como de un mero idealista humano, un socialista o comunista de su tiempo, trato de averiguar si quien hace tal afirmación ha leído por sí mismo los Evangelios. Es fácil formarse este concepto de Jesús cuando sólo se les conoce por las frases de mitin que de su incomparable doctrina social suelen extractarse. Pero esto constituye sólo una parte del Evangelio. Cristo ha sido ciertamente el indiscutible promotor de todos los avances sociales de la humanidad, a pesar de la rémora que fue el egoísmo humano durante pasados siglos para la práctica de sus genuinas enseñanzas, aun en muchos que se llamaban y se llaman cristianos; pero también hay en la Historia loables ejemplos de caridad y justicia en verdaderos imitadores de Cristo. Pero cualquiera que lea los evangelios notará que las cuestiones sociales son sólo una parte de la enseñanza de Jesucristo. Él habló también de la vida futura, y si esta parte tan importante no es verdadera, Jesús no habría sido una persona veraz y sensata. Pero si Jesús demuestra ser el más sensato y cabal de los hombres,

y habló como habló, debió ser lo que Él dijo que era, el Hijo de Dios.

Debió ser lo que dijo

Los hombres que más han combatido el dogma de la divinidad de Cristo (como Straus, Rousseau, Renan, etc.) no tienen más remedio que inclinarse ante su grandeza moral.

Ernesto Renan, en uno de sus momentos de sinceridad, parece volverse contra la misma tesis que se había propuesto y exclama: «Si no era Hijo de Dios, merecía serlo». Esta confesión de un enemigo es una valiosa premisa que corrobora nuestras creencias. Si por sus méritos debemos colocarle en el más alto pedestal de la raza humana, ¿qué nos impide ya considerarlo como alguien superior a los demás hombres? ¿Por qué empeñarnos en negar que fue la revelación del Dios invisible?

Tenemos muchas otras pruebas de la divinidad de Jesucristo; pero no podemos tratar de ellas en este capítulo y lo haremos en próximos capítulos.

VI

¿RESUCITÓ JESUCRISTO?

La resurrección de Jesucristo es el pilar fundamental de la fe cristiana, pues todas las cosas que Jesús dijo y enseñó, acerca de los secretos del más allá de la muerte, son verdad si lo es su propia persona. Vamos, pues, a analizar el suceso de su resurrección tratando de ver cómo muchos ya lo han intentado, de qué manera se podría explicar aquella fe intrépida que mostraron los cristianos primitivos si Jesucristo no hubiese resucitado.

Ilusión o realidad

Algunos escritores racionalistas han pretendido que los discípulos, afectados por la súbita desaparición de su Maestro, y deseando verle resucitado, pudieron ser víctimas de una ilusión mental, que ellos tomaron por realidad.

La respuesta a esta teoría es que los discípulos no esperaban ver a Jesús resucitado y la incredulidad que manifestaron ante el suceso no favorece esta explicación. Las apariciones de Cristo tuvieron lugar, no una vez, sino varias, entre diferentes personas, las cuales habrían tenido que volverse locas todas a la

vez, pues todas afirmaban que le habían visto y hasta comido con Él, e incluso repitieron las palabras que les había dicho. Un desequilibrio mental es muy posible en un solo testigo, pero no en once y menos en quinientos testigos juntos.

La aparición de Jesús a Saulo, ¿fue también una ilusión del perseguidor? ¿Y qué podemos decir de los soldados que le acompañaban y oyeron la voz misteriosa que se juntó a la luz sobrenatural hasta el punto de dejar ciego al joven perseguidor de los cristianos?

Además, si de ilusión se hubiera tratado, los sacerdotes judíos se habrían cuidado bien pronto de desvanecerla presentando el cuerpo de Jesús. Este era un argumento mucho más eficaz para suprimir al naciente cristianismo que los azotes y la cárcel. ¿Por qué no lo usaron? ¿Qué empeño no tendría el Sanedrín judío en poder desmentir la resurrección de Cristo! Antes de su entierro piden a Pilatos que ponga guardia en el sepulcro, que selle la piedra que lo cerraba; y Pilatos, en señal de deferencia al Senado judío, les permite que sean ellos mismos quienes pongan la guardia, poniendo a su disposición 16 soldados romanos. ¿Qué no harían los pontífices para buscar el cuerpo del Crucificado cuando se empezó a decir que había resucitado? ¿Qué no haría Pilatos, cuya sentencia era declarada injusta, cuyo sello había sido quebrantado y cuya autoridad quedaba por los suelos? Y sin embargo, el sepulcro estaba vacío, el cadáver de Jesús no se halló por ninguna parte.

No pudo ser un fraude

Otros, interesados en negar la resurrección, han dicho que quizá los discípulos robaron el cuerpo para tramar la farsa de la resurrección.

Pero esta hipótesis, además de la dificultad material de su realización a causa de la guardia romana —que ningún pescador galileo por atrevido que fuese se habría aventurado a desafiar—, tiene otra dificultad insuperable. ¿Los primeros discípulos se habrían sacrificado por una mentira forjada sobre un cuerpo muerto? ¿Ninguno habría sido infiel ante el suplicio para descubrirla? El heroísmo por una fe sincera, sea de la clase que fuere, se comprende; pero el sacrificio de todas las comodidades materiales e incluso de la propia vida por el solo empeño de sostener una mentira conocida, forjada por uno mismo, es un caso sin precedentes y un absurdo inimaginable para toda mente sensata.

Otros, por fin, han pretendido que Jesús no murió en la cruz y que sus amigos lograron reanimarlo. A esto podemos responder, en primer lugar, que sus enemigos tomarían las medidas necesarias, como las tomaron en efecto, para que esto no sucediera. Y en segundo lugar que los amigos que le habrían ayudado y cuidado sabrían muy bien cómo le habían hecho volver en sí, y que no era resurrección lo que se había verificado, sino reanimación de un desmayo. Y, como hemos indicado en el anterior supuesto de robo del

cuerpo muerto, jamás habrían estado dispuestos a los sacrificios que les impuso la predicación del Cristo resucitado.

Es muy de presumir que tal resurrección aparente, aun cuando de momento les hubiese llenado de alegría, estaría destinada a terminar con un fracaso rotundo. Ninguno de sus discípulos habría estado dispuesto a dar la vida por un Cristo extenuado que hubiera necesitado de sus auxilios para volverle a su natural vigor. Aquella visión de dolor y de flaqueza de un Cristo postrado sobre un lecho habría constituido una pobre ayuda para su fe. Sólo la visión del «Hijo de Dios con potencia» podía llenar de un heroísmo hasta la muerte el corazón atribulado de los desalentados apóstoles.

Es interesante notar la eficacia que tuvo el testimonio apostólico acerca de la resurrección de Jesucristo, cuando en pocas semanas se convirtieron unas 10.000 personas en Jerusalén. El Sanedrín judío se veía impotente para detener el movimiento. La figura más alta de este supremo tribunal, según el historiador Josefo, el mismo Gamaliel, estaba en duda de si sería cosa de Dios o de los hombres cuando dijo: «No seamos tal vez hallados resistiendo a Dios».

De este modo triunfó el cristianismo, no sólo en Judea, sino en todo el mundo antiguo. ¿Pudo esto ocurrir sin basarse en una realidad objetiva?

Ahora bien, miremos y calculemos las consecuencias. Si Cristo cumplió su promesa de resucitar al tercer día y ascendió poco después a los cielos tras

haber demostrado que tenía un cuerpo glorificado de un orden superior, según los describe el apóstol Pablo con la expresión griega *soma ouranou* (es decir, cuerpos espiritualmente anfibios, capaces de vivir a la vez en el ambiente terreno y en la cuarta dimensión de que nos habla Einstein), es capaz de cumplir las promesas que hizo a quienes creyeran en Él y le aceptaran como Salvador y Señor. En su última oración, dice: «Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado, porque me has amado desde antes de la fundación del mundo».

No es extraño, pues, que el apóstol Pedro escriba en su primera carta a los que habían escuchado su discurso de Pentecostés: «Dios nos ha dado una esperanza viva (segura y cierta) por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos». Esto significa que si Cristo no se hubiese levantado de la tumba habrían dicho los apóstoles (y nosotros lo seguiríamos diciendo al igual que ellos): «Ojalá que fuera verdad lo que dijo aquel profeta judío, Jesús, antes de que le mataran, que él era el Hijo de Dios que vino a salvar a los que en él crean y le acepten como Redentor, y que él nos espera al otro lado de la muerte que se nos va acercando; pero, ¡ay!, murió como todos los hombres y nada más se ha sabido de él. ¿Será, pues, verdad lo que dijo?, ¿no lo será?».

Pero ahora, porque Él resucitó, sabemos que está acreditado todo lo que prometió; no sólo al ladrón que murió crucificado con Él, a quien dijo que aquel

mismo día estaría con Él en su reino, sino todo lo que nos ha prometido también a nosotros.

Es por esta causa que el apóstol Pablo podía decir: «No mirando nosotros a las cosas que se ven, sino a las que no se ven, porque las cosas que se ven son temporales, mas las que no se ven son eternas; porque sabemos que si la habitación de nuestro cuerpo físico se deshace, tenemos preparada por Dios una morada eterna en los cielos».

Por consiguiente, como declara en otro lugar, ser desatado y estar con Cristo es muchísimo mejor que «estar en la carne». Aun cuando desde aquí no lo parezca, sino todo lo contrario.

VII

UN SUSTITUTO INDISPENSABLE

Algunas personas arguyen: ¿Cómo podían ser suficientes los sufrimientos de un solo justo en unas pocas horas para pagar las culpas y delitos de millones de seres humanos incluyendo en algunos casos hasta crímenes horrendos?

Los que hacen tales preguntas tienen un concepto equivocado de los sentimientos divinos y del verdadero significado del sacrificio de Cristo.

La obra de Cristo no tenía por objeto aplacar a un Dios colérico e indignado contra el pecado de los hombres, por medio de una cantidad de sufrimientos.

Su sacrificio no era cuantitativo, sino cualitativo...; no se trataba de producir una cantidad determinada de dolor físico, sino de demostrar la grandeza del amor de Dios y de vindicar las leyes divinas ante el Universo.

Podemos decir que la cruz del Calvario no fue sino la culminación, el coronamiento del sacrificio que el Verbo de Dios llevara a cabo con su encarnación. Es imposible hacernos cargo de la condescendencia que significó de parte de aquel Ser que existía con Dios desde la eternidad el asumir nuestra naturaleza, aceptando temporalmente nuestras limitaciones, para

identificarse con una humanidad de seres caídos, a fin de que pudieran ser levantados por su gracia, los que a ella se acojan.

Para realizar un propósito tan admirable, mostrando la justicia de Dios al par que su misericordia, el Verbo eterno quiso sujetarse no tan sólo a las limitaciones de la naturaleza humana, sino a la muerte más cruel que se daba a los malhechores durante el período de su estancia física sobre la tierra: la muerte de cruz.

El sacrificio de su humillación y encarnación no habría bastado para hacer patente de un modo muy vivo a todos los seres del universo, la gravedad del pecado y la grandeza del amor de Dios; ni para despertar en los corazones humanos los efectos de amor y gratitud indispensables para permitir al Espíritu Santo realizar en los corazones de los hombres el maravilloso fenómeno de la conversión. Por esto quiso Jesucristo apurar las heces del dolor con una muerte espectacular y cruenta.

Lo voluntario de este sacrificio, al par que la grandeza de quien lo realizó, lo enaltece hasta lo sumo, haciéndolo digno de nuestra más profunda admiración, adoración y eterna gratitud.

Permítasenos dar un ejemplo de contraste, para ilustrar este punto.

En días de persecución, cuando los cristianos eran condenados a muerte por afirmar que Jesucristo era Hijo de Dios y no someterse a rendir culto a dioses paganos, cierto cristiano, al ser llevado a la hoguera,

elevó una oración expresando el gozo que sentía por tener el privilegio de sellar el testimonio de su fe con su propia vida.

—Te doy gracias, Señor —decía el mártir—, porque hoy es el día de mi victoria, hoy mismo te veré y estaré contigo por todos los siglos.

El verdugo, conmovido y atento a las palabras del noble testigo de Cristo, dejaba bastante flojas las cadenas que ataban a éste al poste de la ejecución. Entonces el cristiano, bajando la cabeza, exclamó:

—Sin embargo, amigo líctor (este es el nombre que se daba a los jueces y ejecutores en la antigua Roma), sujeta bien las cadenas.

¿Por qué hizo tal advertencia el noble mártir? Porque aun cuando el espíritu estaba presto, sabía que la carne era débil y temía que cuando el fuego le produjese intenso dolor, no pudiendo aguantarlo, el instinto de conservación le hiciera saltar de las llamas y quizá realizara en tal hora de prueba lo que tantas veces había rehusado, apostatar de su fe para obtener por medio de una abjuración el perdón y la vida de parte de sus perseguidores.

¿Pero qué cadenas ataban a Jesucristo cuando murió en la cruz por nosotros? Cuando los criados de Caifás fueron a prenderle en el huerto de Getsemaní, tres veces cayeron en tierra, con lo cual Cristo dio una prueba de su poder sobrenatural; sin embargo, se dejó prender y atar con toda mansedumbre, y no se resistió cuando le azotaron, ni cuando le pusieron la corona de espinas, ni cuando clavaron al madero sus manos y sus pies.

—Baja de la cruz y demuestra tu poder —le decían burlonamente sus enemigos.

—Baja de la cruz, y sálvanos también a nosotros, si eres Hijo de Dios —clamaba uno de sus compañeros de suplicio.

—Bájate de la cruz —le aconsejaban e incluso exigía, como podemos comprender, su propia naturaleza humana ante aquel dolor que parecía irresistible.

Pero según nos refieren los testigos de su muerte Él renunció a todo lenitivo y calmante, y sobrellevó los sufrimientos materiales y morales hasta dar su vida, porque sabía que ello era indispensable para la redención de millones de criaturas humanas.

Podemos decir, pues, que lo que sujetaba a Cristo a la cruz del Calvario no eran ni clavos ni cuerdas materiales, que nada significaban para su omnipotencia, sino las cuerdas de su profundo amor a cada uno de nosotros, necesitados pecadores.

Podemos imaginarnos a Cristo como oyendo en su sapiencia divina los voces de millones de redimidos, del pasado y del futuro, decirle: «Sufre por nosotros sublime Hijo de Dios, cumple la redención y te amaremos, te glorificaremos, te serviremos y seremos fieles testigos de tu amor todos los años de nuestra vida terrestre, y después por todos los siglos de la eternidad».

En efecto, la reacción que el gran sacrificio del Hijo de Dios ha de producir y produce en los corazones humanos, se halla admirablemente expresada en las

grandes palabras del apóstol Pablo: «El amor de Cristo nos constriñe, pensando esto, que si uno murió por todos, luego todos son muertos; y por todos murió, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos» (2ª Corintios 5:14, 15).

Y refiriéndose a su propia experiencia, declara Pablo: «Con Cristo estoy juntamente crucificado y vivo no ya yo, mas Cristo vive en Mí y lo que ahora vivo en la carne lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y me entregó a sí mismo por mí».

He aquí el objeto y eficacia del sacrificio de Cristo. El reconocimiento de que el Hijo de Dios murió por nosotros, produce un cambio absoluto de actitud y de sentimientos en nuestros corazones hacia Dios y hacia la misma vida humana.

Desde el mismo momento en que reconocemos al Hijo de Dios como nuestro propio Salvador personal y le entregamos nuestras vidas, Dios ya no es meramente el Supremo Creador a quien debemos gratitud por el beneficio de la existencia. Es mucho más; sentimos que es nuestro propio Padre, que nos ama de un modo profundo y personal, de modo que nuestro propio amor paterno y materno no es sino un débil ejemplo y caricatura del suyo.

Es el juez inflexible, pero sumamente benigno que ha pagado la deuda de nuestras faltas y pecados.

Es el Dios justo y salvador que anunciaron los profetas de la antigüedad.

(Véase Isaías, capítulo 53.)

El sacrificio del Verbo de Dios hecho hombre transforma todos nuestros pensamientos con respecto al Supremo Hacedor; lo acerca a nosotros, nos hace entrar en una nueva vida de relación filial, amante, agradecida y gozosa con Aquel que por su inmensa grandeza parecía tan lejos de nuestros espíritus.

Por su encarnación y por su sacrificio expiatorio, el Verbo de Dios se convierte en el Salvador amante que ha conquistado nuestras almas, como Él mismo declaró: «Yo si fuere levantado de la tierra a todos atraeré a mí mismo».

¿Podríamos esperar nada mejor del Autor de nuestros espíritus que ha impreso en ellos las ansias de inmortalidad y de felicidad y de justicia que todos tenemos?

Ciertamente, el Evangelio responde, tanto a las exigencias de la ley divina como a las necesidades de nuestra conciencia. Lo que el Supremo Hacedor nos ha dado con la venida de Cristo y lo que nos ha hecho sentir con motivo de su muerte, es precisamente lo que necesitábamos tener y sentir; es lo mejor que podía hacerse para lograr los resultados morales que se propuso levantar en los corazones humanos desde antes que el mundo fuese.

Por esto exhortamos a nuestros amigos que, al considerar la muerte de Jesucristo, no se limiten a lamentarse sobre Jesús como un mártir de la injusticia humana. No se trata tanto de llorar diciendo: «¡Pobre Señor Jesús, lo que le hicieron padecer aquellos malvados!», sino de decirle de todo corazón: «Gracias,

Jesús mío, pues todo esto lo sufriste por mí, te humillaste haciéndote un hombre de carne y huesos siendo el Dios Todopoderoso e infinito para poder sufrir por nosotros; yo te acepto y lo agradezco, Señor mío, como si lo hubieses sufrido exclusivamente por mí. Aplícame el valor de este sacrificio, porque yo creo en Ti y te agradeceré esta ofrenda de amor, no solamente en este breve tiempo que me tengas sobre la tierra, sino “por los siglos de los siglos”».

Como dice san Pablo en la carta a los Efesios, «los que antes esperamos en Cristo, hemos de ser para la honra y la gloria de su gracia entre principados y potestades en los cielos por toda la eternidad»; pero para poder hacerlo entonces, debemos empezar ahora.

VIII

RELIGIÓN PERSONAL

Por una serie de motivos históricos que no vamos a considerar en este momento, es poco conocida la religión, en los pueblos de habla hispana, en esta forma de relación personal con Dios. Excepción hecha de una pequeña selección de católicos muy piadosos, la inmensa mayoría de nuestra gente entiende como religión una serie de ceremonias que el sacerdote realiza en beneficio del creyente, sin que éste tome una parte verdaderamente personal e íntima en las mismas, y casi lo mismo ocurre con el protestantismo oficial en los países de tradición protestante, donde la gente va a la iglesia por mera costumbre.

En los últimos tiempos la Iglesia Católica invita a tomar parte en dichas ceremonias a los fieles de un modo más personal, pero no explica todavía con suficiente claridad las promesas que Jesucristo hizo acerca de la seguridad de la salvación que poseen aquellos que se ponen en contacto personal con Él por la fe. Por esto le rogamos que, sea usted protestante o católico, lea con especial interés el evangelio de san Juan para encontrar y asegurarse de la realidad de tales promesas de Jesucristo.

El cristianismo es una religión personal. Cristo quiere transformar la sociedad, no por imposiciones

desde arriba, sino por la atracción de su amor obrando en los individuos uno a uno, por la influencia del Espíritu Santo, que los cristianos reconocemos como una realidad en el universo de Dios. Cristo se dirige a la conciencia personal del hombre porque sabe que es la única forma eficaz de cambiar la sociedad. La superficialidad y descrédito del cristianismo ha sido motivada por haber querido hacerlo religión de naciones, imponiéndolo por la fuerza, o por rutina y tradición, a grandes masas de seres humanos que no lo han comprendido ni sentido de veras.

Cristo quiere ser reconocido y aceptado voluntariamente por cada alma como su personal Salvador y Señor. La religión cristiana parte esencialmente de esta base: amor y obediencia a Cristo. Únicamente estas virtudes pueden producir frutos efectivos de renovación de la sociedad en esta vida y la salvación del alma en la vida venidera.

Si no quiere usted relacionarse con Cristo en esta vida, dejando que su Espíritu le vivifique y le eleve al plano moral de los verdaderos hijos de Dios, no debe esperar que Él le obligue a hacerlo después de la muerte; la pérdida y desgracia que ello puede ocasionarle en la eternidad está empero por encima de toda humana ponderación. Por esto nos es necesario escudriñar a fondo el problema religioso y procurar la máxima seguridad que al hombre le es posible alcanzar en tales asuntos.

Si las consideraciones y argumentos expuestos en los precedentes capítulos no han logrado persuadirle

del todo, no ceje en su empeño ni se desanime, sino prosiga en la búsqueda hasta que quede usted persuadido de estas

Tres verdades esenciales

- 1.^a Que existe un Dios en el Universo. (El orden y designio que observamos en todas las cosas lo prueba de modo concluyente.)
- 2.^a Que hay una ley moral que se refleja en el interior de nuestras conciencias y nos demuestra que no somos simplemente animales, sino un producto especial de este Ser superior, o sea, que no existimos por mera casualidad.
- 3.^a Que existe un Cristo vivo personal que vino a revelarnos el amor de Dios y a redimirnos con su muerte sustitutoria en el Calvario; y porque no era hombre, no quedó muerto para siempre, sino que vive y se halla cercano hoy mismo a nosotros por su Espíritu. Nos ama, nos conoce y desea salvarnos.

Jesucristo dijo: «Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque muriere vivirá, y el que viviendo cree en Mí no morirá eternamente» (Juan 11:25), y dirigiéndose al Padre celestial, dijo: «Padre, aquellos que me has dado quiero que donde yo estoy

ellos estén también conmigo, para que vean mi gloria que me has dado» (Juan 17:24).

¿Dice usted que esto es ilusorio? No lo piense así. Hay suficientes evidencias de que existe un mundo espiritual que trasciende el Universo y que el propio Universo parece inmerso en él. Es bien cierto que sin este universo espiritual no hay ninguna explicación plausible para el maravilloso orden y designio que observamos en el mundo material.

Jesucristo es por lo demás una figura real en la historia y se da el fenómeno que no tiene paralelo en ninguna de las demás religiones, que desde su misma aparición, millones de personas estuvieron dispuestas hasta sacrificar sus vidas por Él para preservarlas por la eternidad. ¿Ocurrió todo ello sin ningún motivo?

Estos hombres y mujeres aparentemente fracasados fueron los que tuvieron el verdadero éxito, el éxito perdurable. Otros miles que han quedado en la abundancia, la fama o el poder durante unos pocos años, tuvieron que confesar al llegar a aquella hora que ha sido llamada la hora de la verdad, a la cual todos tenemos que llegar, que su vida había sido un fracaso.

Razón tenía el poeta que escribió:

*«Haz aquello que quisieras
haber hecho cuando mueras».*

¿Lo está usted haciendo? ¿Es usted un verdadero amigo y discípulo de Jesucristo para quien Él está preparando lugar?

Acepte a Jesucristo como su sustituto y Salvador personal; dígaselo en oración íntima y secreta. Él mismo explicó: «Vete a tu cuarto y, cerrada tu puerta, ora a tu Padre que ve en secreto».

Busque en la Biblia (particularmente en la última parte llamada Nuevo Testamento, donde aparece la doctrina de Jesucristo) cómo es y qué es un verdadero cristiano y empiece a vivir desde hoy una vida de relación espiritual con Él.

¿Le parece un misterio increíble relacionarse con un ser a quien no puede ver? También parecería un misterio imposible a nuestros abuelos la radio o la televisión; sin embargo, son una realidad hoy día. Del mismo modo es Dios una realidad aunque no le veamos.

Si no está convencido aún de estas cosas, haga la prueba experimental que muchos han efectuado con pleno éxito. Acuda a Dios en la forma que acabamos de indicar, presentándole las preciosas promesas que encontraría usted en el Evangelio y reclame humilde y reverentemente su cumplimiento.

Puede empezar a dirigirle, por lo menos, la oración del escéptico: «Dios Omnipotente, si existes, revélate a mi alma».

Y encontrará que el Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay..., «cierto no está lejos de cada uno de nosotros, ya que en Él vivimos y nos movemos y somos», como afirmaba el apóstol Pablo en el Areópago de Atenas, citando a uno de los grandes filósofos de su tiempo.

Cuando haya hecho tal descubrimiento en lo más íntimo de su conciencia, empezará a vivir una nueva vida de satisfacción y esperanza; y, admirado, se dolerá de los años que estuvo en el mundo sin abrir los ojos a la verdad de la existencia de Dios y de su amor hacia sus criaturas.

Estamos seguros de que esta será su feliz experiencia si prosigue sinceramente en su empeño, como lo ha sido y está siéndolo aún en esta edad moderna por muchos millares de personas que han querido tomar en serio las cosas espirituales. Esto esperamos y pedimos a Dios que ocurra con usted mismo desde ahora.

IX

JESÚS VA A VOLVER

Cuando consideramos el panorama político de este mundo dividido en dos bandos: el de las democracias unidas en el bloque occidental y el de las naciones adheridas al bloque comunista, aumentando unos y otros cada año sus presupuestos de guerra para procurar, según dicen, el equilibrio y mantenimiento de la paz mundial, evitando una guerra atómica que todos sabemos sería la destrucción absoluta del mundo, nos parece ver a dos hermanos traviesos jugando cada uno con una candela en la mano alrededor de un barril de pólvora, diciéndose el uno al otro:

—Si no me haces caso, pongo mi candela a unos pocos centímetros del barril.

—Pues si tú no haces lo que yo quiero —manifiesta el segundo—, acerco la mía un centímetro más que tú.

—Pues debes saber, mequetrefe, que no me asustas; que yo tengo otra candela encendida, y si tú la acercas un centímetro más, yo la acercaré dos, y ya sabes lo que pasará...

—Sí; que los dos volaremos destrozados por los aires; pero para que sepas que no me dan miedo tus bravatas, si tú la acercas dos, yo la acercaré tres...

¿Cómo habría de terminar un juego tan peligroso?

Sólo de dos maneras: o los chicos se ponían de acuerdo y apagaban simultáneamente las dos candelas, o bajaba el padre al jardín y les obligaba a apagarlas, quizá con un bofetón a cada uno.

He aquí, amigos, el retrato exacto del mundo en esta segunda parte del siglo XX. Ya se han peleado bastante los hombres en el transcurso de los siglos, sobre todo en esta última generación, pero aunque destruyeran entonces ciudades y vidas a millares, no disponían aún del barril de pólvora que representa en la actualidad las armas atómicas, cada día más poderosas y de mayor alcance.

¿Cómo acabará el desorden del mundo?

Ante la plegaria que nos enseñó Jesús en el Padrenuestro («hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo»), ¿no les parece, amigos, este mundo una provincia en rebeldía del Reino de los Cielos? ¿Cómo acabará el desorden humano? ¿Con la inhabitabilidad del planeta Tierra o con el reino milenario universal del Mesías que nos anuncia la Biblia?

Nosotros creemos que con lo segundo; pero hay diversidad de pareceres entre los mismos teólogos y escudriñadores de la Biblia acerca de cómo se producirá.

Unos dicen que poco a poco la gente del mundo se irá convenciendo de que el desorden y la violencia no llevan a ninguna parte, y reconociendo que el

mundo no puede haberse formado a sí mismo sino que tenemos un Padre espiritual en los cielos, y que los hombres somos, por tanto, hermanos y tenemos el deber de ayudarnos, en vez de pelear, harán leales pactos de desarme y en virtud de esta prevaleciente convicción, serán capaces de establecer el reinado del amor entre los hombres. Entonces Jesús vendrá o se manifestará de modo visible a esta provincia reconciliada con Dios por el poder del Evangelio, cuando hayan logrado los cristianos hacer reinar el amor y la paz universales con sus propios esfuerzos.

Otros, en cambio, juzgando la situación por la experiencia del carácter humano y los detalles que nos da la Biblia sobre la condición del mundo en los últimos tiempos, así como las profecías de la segunda venida personal de Jesucristo, creen —y el autor es de esta segunda opinión—, que los hombres no son capaces de detener por sí mismos la carrera de los armamentos y ponerse de acuerdo acerca, no tan sólo en lo que concierne a política internacional, sino a la ordenación de la sociedad en perfecta justicia, amor y paz, a menos de que intervenga un poder sobrenatural que haga como el padre de la ilustración narrada al principio del presente capítulo.

Por nuestra parte, nuestro deber es ser pacificadores, preparando con nuestros mejores esfuerzos el advenimiento del Reino de Dios, sea como sea que venga, sin esperar que todo lo haga Él sobrenaturalmente. Jesús dijo: «Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mt. 5:9).

Y por otra parte, estar personalmente bien preparados para la segunda venida de Jesucristo.

Cuatro señales del fin

No podemos exponer y comentar todas las señales de su segunda venida al mundo que anuncia la Biblia. Permitidme sólo citarlas brevemente.

La *primera señal* es: «guerras y rumores de guerras». Guerras las ha habido siempre, pero eran pequeñas en comparación con las que hemos visto en nuestra generación. Dos guerras mundiales con millones de muertos. ¿Y por qué añade Jesús rumores de guerras? Por lo que ilustrábamos al principio con el barril de pólvora. El temor mutuo frena las guerras, es cierto, y por esto Jesús habla de rumores de guerra, o sea, la guerra fría, como la llamamos nosotros, detrás de las recientes guerras calientes.

La *segunda señal* que presenta la Biblia para el tiempo del fin es un adelanto fenomenal de la ciencia: «Aumentárase la ciencia», dice el profeta Daniel, hablando precisamente de los últimos tiempos, y añade: «Correrán las gentes de un lado a otro». Desde que los hombres existen como hombres sobre la tierra, el transporte de un lugar a otro fue efectuado por tracción animal. Podían variar la forma de los vehículos, pero siempre era el mismo medio y más o menos la misma velocidad, el trote de caballos, pero en el último siglo, «la ciencia se ha multiplicado»,

(usando la misma palabra del profeta Daniel), no un ciento por ciento, sino millares de veces por ciento, ya que hemos pasado en pocos años del caballo al avión y ello ha facilitado dos cosas, una buena y otra mala. Por un lado la facilidad para correr de una nación a otra, las máquinas, la radio, la televisión (cosas buenas), y por otro lado el temor constante de una guerra catastrófica.

La *tercera señal* es la vuelta de los judíos a su patria. Esta profecía que parecía muy lejana a principios de siglo, la hemos visto cumplida: los descendientes de Ismael están a la greña con los de Jacob, porque éstos han tomado posesión de la tierra que tuvieron sus antepasados, después de haber estado casi dos mil años esparcidos por todo el mundo tal como les fue profetizado.

La *cuarta señal* es el escepticismo religioso. Jesús dijo: «Cuando el Hijo de Dios viniere, ¿hallará fe en la tierra?» (Lucas 18:8). Es muy raro que el iniciador de un movimiento político, social o religioso anuncie un colapso de las ideas que él mismo se esfuerza en promover, todos anuncian lo contrario. Pero Jesús conocía el porvenir y preanuncia precisamente un eclipse de la fe para los últimos tiempos in-mediatos a su venida, de modo que a los que creemos no nos desalienta la incredulidad, antes bien nos sentimos inclinados a decir: «Tú lo sabías, Señor, lo que iba a ocurrir en los últimos tiempos; esto nos demuestra que no eras un hombre como nosotros, sino el Hijo de Dios. Ayúdanos y acrecienta nuestra poca fe».

Finalmente, sobre la *quinta señal*, el apóstol Pablo nos advierte de que en los últimos días reinarán una inmoralidad y un absoluto desprecio de los mandatos de Dios en cuanto a los lazos de la familia y de la sociedad como jamás había existido.

¿Y qué ocurre hoy día? ¿No son estas cinco señales profetizadas en la Biblia y cumplidas en nuestros días una prueba indudable de que la vuelta de Jesucristo está a las puertas?

Me figuro que muchos dirán: ¿Pues qué espera? ¡Que vuelva ya de una vez y termine con todo este desbarajuste mundial! ¿Qué espera?

Espera que hoy, cuando su Palabra puede ser anunciada por medios que no tenían nuestros antepasados, como la abundancia de literatura y la radio, algunas personas más hagan caso de estos avisos y se vuelvan a Él. San Pedro dijo: «El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento» (2ª Pedro 3:9).

¿Está usted preparado o no lo está? ¿Qué piensa usted de estas señales tan claras que nos da la Biblia referente a los acontecimientos del tiempo del fin? ¿No coinciden todas de un modo maravilloso?

De ningún modo conviene dejar este asunto para cuando él haya aparecido, como muchos pretenden, a causa de la incertidumbre de si será o si no será cierto, pues la misma Palabra de Dios nos advierte que esta actitud es extremadamente peligrosa, ya que nos

dice que su venida será inesperada y representará una tremenda sorpresa para el mundo entero, sobre todo para aquellos que teniendo motivos para creer, habrían estado dudando y retardando su entendimiento espiritual con Él.

Quizás usted diga: ¿Cómo ocurrirá su venida? ¿Qué sucederá en aquel tiempo? También la Biblia nos da algunos detalles sobre ello, pero no tenemos lugar ahora para exponerlo; lo haremos en una próxima ocasión. De momento, más conveniente que satisfacer nuestra curiosidad acerca del futuro del mundo –que quizá nosotros no veremos, especialmente los que ya contamos con algunos años, o una precaria salud– es asegurar un feliz encuentro con Él; pues lo cierto es que si Él no viene en el período de nuestra vida, siempre breve, nosotros hemos de ir a Él. Por esto dice el apóstol Pablo: «Así que vivimos siempre animados, y sabiendo que entretanto que habitamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor (porque por fe andamos no por vista), pero cobramos ánimo y preferimos estar ausentes del cuerpo y habitar en la presencia del Señor. Por lo cual también anhelamos, o ausentes o presentes, serle agradables. Porque todos nosotros debemos comparecer ante el tribunal de Cristo para que cada uno recoja lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o malo». Y todos tenemos la convicción de que no hemos hecho absolutamente siempre, y en todas las ocasiones, lo que a Él le es agradable. Por esto necesitamos con urgencia volvernos a Él para entrar en una nueva relación de amistad,

para que cuando nos llame por medio de la muerte o Él venga a recoger a los que le esperan, y poner paz y orden en este mundo, nos encuentre preparados, pues su próxima venida significará una gran diferencia entre los que le han esperado y los que no lo han hecho.

Él ha hecho ya todo lo necesario para hacer posible y fácil la reconciliación con Él, como podremos observar en próximos capítulos, en que nos ocuparemos de lo que Él vino a hacer por nosotros; y luego continuaremos explicando lo que Él hará en este mundo cuando venga personalmente, como hemos ilustrado con el ejemplo de aquel padre que no pudo aguantar por más tiempo el insensato juego alrededor del barril de pólvora y tuvo que imponer su autoridad.

Entonces se cumplirá la frase que tantas veces hemos repetido en el Padrenuestro: «Sea hecha tu voluntad en la tierra como se hace en el cielo». Empecemos, empero, nosotros a amar y buscar su voluntad desde hoy.

X

LA SUPREMA CONDICIÓN

En pláticas anteriores nos hemos referido a la imperfección de nuestro carácter humano y a la necesidad de un cambio que nos haga aptos para vivir en un ambiente de completa santidad en el Reino de los Cielos.

Esta incapacidad nuestra debería preocuparnos más de lo que en general preocupa a los hombres, al darnos cuenta de cuán rápidamente se deslizan nuestras vidas hacia la muerte y las realidades eternas.

Quizás alguno preguntará: ¿Pero existen tales realidades? Por esto en nuestras pláticas anteriores hemos procurado resaltar los motivos que tenemos para creer, y suponemos haber presentado buenas razones para afirmar la fe cristiana.

Sea que éstas les hayan convencido, o no, queridos lectores, es necesario mantener nuestro interés más vivo en tales asuntos, pues es demasiado importante lo que uno se juega al decidirse por la fe sincera y verdadera o bien por la apatía e indiferencia espiritual, mientras van pasando los años que nos acercan al desenlace y al descubrimiento del más allá.

Recordemos lo que Jesucristo dijo a Nicodemo: «De cierto de cierto te digo, que el que no naciere otra vez, no puede ver el Reino de Dios»; y este reino,

todos, todos, queremos verlo y residir en él, incluso los que dudan de su realidad, por si acaso...

¿Cómo transformar nuestro sentir y carácter y hacernos aptos para un mundo de perfecta elevación moral como nos dice la Sagrada Escritura que es el Reino de Dios?

Esa transformación es tan sólo posible por el fenómeno que algunos llaman crisis psicológica y que la Biblia llama conversión.

Conversión, ¿cómo y a quién?

Muchos suponen, cuando hablamos de conversión, que nos referimos a un simple cambio de religión o de iglesia. Y creen que el único propósito de los pastores evangélicos consiste en persuadir a las personas a que apostaten de la religión católica para dar su nombre y adhesión a una secta protestante. Esta suposición es del todo falsa.

La palabra «conversión» en labios de un verdadero cristiano no significa cambio de una a otra de las varias organizaciones o ramas religiosas en que desgraciadamente se halla dividida la cristiandad, sino de cualquiera de estas ramas a Dios, ya que en todos los registros de iglesias figuran personas que no han experimentado el cambio de corazón, o «nuevo nacimiento», que el Señor Jesucristo consideraba indispensable para entrar en el Reino de los Cielos.

Los hay en gran número en las iglesias protestantes, sobre todo en los países donde ser protes-

tante es ir con la mayoría, siguiendo una tradición familiar; este es el caso de todas las naciones del norte de Europa, así como en los EE.UU. de América. También hay muchísimos católicos que necesitan ser convertidos, no sólo de ciertos desvíos dogmáticos que han perjudicado mucho a la Iglesia Católica Romana en siglos pasados y que incluso hoy en día está generando una gran multitud de ateos e indiferentes a la fe, sino que significa conversión personal de sus vidas de pecado e indiferencia religiosa a Dios. Todos los católicos piadosos sinceros saben y reconocen que hay millones de católicos nominales que profesan su religión superficialmente, sin convicción ni fe alguna en la realidad de la doctrina cristiana y en las enseñanzas de Jesucristo.

Pero tan pronto como un católico, un protestante nominal, un judío o un pagano empiezan a leer el Nuevo Testamento por sí mismos, tratando de entender su significado y su doctrina, no pueden menos que darse cuenta del hecho y la necesidad de la conversión.

Todos seguros de su salvación eterna

Observan que en los cristianos primitivos había tenido lugar un cambio, no sólo de una religión a otra, sino de un modo de ser a otro, y que como resultado de este cambio, los hombres y mujeres que se mencionan en los Hechos de los Apóstoles, así como los destinatarios de las epístolas del Nuevo Testamento,

eran todas personas a las que se suponía salvos y seguros de su futuro eterno. Así lo afirman cada uno de los apóstoles.

A los creyentes de Corinto (una importante ciudad de Grecia), escribe el apóstol san Pablo: «Ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el Reino de Dios, y esto érais algunos, mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados, en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios».

A los colosenses dice: «A vosotros que estabais muertos en pecados..., os vivificó juntamente con Él, perdonándoos todos los pecados».

A los miembros de la iglesia de Éfeso escribe el mismo apóstol: «En él digo (en Jesucristo), en quien también hemos tenido suerte, habiendo sido pre-destinados conforme al propósito del que efectúa todas las cosas, según el designio de su voluntad a fin de que seamos para la alabanza de su gloria nosotros los que *ya antes* esperamos en Cristo». Este «ya antes» quiere decir antes de que llegue la muerte, ya que muchos dicen «andaremos y veremos» y llegan sin la preparación debida al momento de presentarse ante Dios. Por esto continúa diciendo el mismo apóstol Pablo: «en él también vosotros tuvisteis suerte, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación y habiendo creído fuisteis sellados también en Él con el Espíritu Santo de la promesa». Pues si uno ha oído en vida el mensaje salvador de

Dios, por la fe en él y no lo ha creído, no puede pedir otra oportunidad, pues la fe al otro lado de la muerte no tendría ningún valor. Realmente no sería fe, sino sólo temor.

Finalmente el apóstol Pedro, escribiendo a los cristianos esparcidos en diversas partes del mundo, exclama: «Bendito el Dios y padre de nuestro Señor Jesucristo que, según su grande misericordia, nos ha regenerado en esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe para alcanzar la salvación que esté preparada para ser revelada en el último tiempo».

Esto significa que aun cuando como indicamos en otra plática, ninguna persona hay que merezca el cielo por su propia virtud, algunas, en los días apostólicos habiendo oído de la venida de Jesucristo el Redentor, por haber confiado plenamente en Él como su Salvador personal, y en virtud de esta fe eran considerados por los apóstoles, y podían considerarse a sí mismos, como seguros poseedores de la vida eterna.

Justificados y transformados

La aceptación del sacrificio expiatorio de Cristo, no sólo les había justificado ante el tribunal divino en el sentido legal, sino que había transformado sus

conciencias y sus vidas haciéndoles moralmente nuevas personas. Esto es a lo que Jesucristo en su plática con Nicodemo llamó «nuevo nacimiento».

Este fenómeno de la conversión a Dios ha ocurrido muchas veces a través de veinte siglos y aún ocurre hoy día con aquellos que ponen su fe en Cristo como su Salvador personal pidiendo a Dios que les perdone todos los pecados de la vida pasada y les dé su gracia para ser en adelante, ya no más paganos o mahometanos, o budistas, ni tampoco cristianos de nombre, sino cristianos de hecho y de verdad. A los tales la deuda de sus ofensas al Creador, tanto de acción como de omisión, les queda totalmente perdonada; como si nunca hubiesen cometido ofensa alguna, los pecados llamados mortales, así como los llamados veniales, son totalmente borrados ante la justicia divina por medio de este solemne acto que se llama en el Nuevo Testamento «conversión o nuevo nacimiento». El apóstol Juan afirma que sirve no sólo para quitar una parte de la culpa, dejando un resto a nuestro cargo, sino que real y positivamente «la sangre de Jesucristo su Hijo (o sea, su sacrificio redentor) cuando nos es aplicado mediante la fe en Él, nos limpia de todo pecado».

Algunas personas se preguntan: ¿Pero cómo puede un simple acto de fe otorgarnos un bien tan grande como es el de la vida eterna en el Reino de Dios por los siglos de los siglos?

La misma extrañeza sentía el anciano maestro Nicodemo, cuando Jesucristo le habló del nuevo na-

cimiento; entonces Jesús mismo le aclaró el significado de sus palabras diciéndole: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado para que todo aquel que en él crea, no se pierda, mas tenga vida eterna». Esto significa que si por la fe pones tu mirada en Jesucristo como redentor de tus culpas y le aceptas como tal, tendrás vida eterna. «Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en Él crea no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16).

XI

SI DESCUIDÁRAMOS...

Por tanto debemos prestar mucha atención a las cosas que hemos oído *no sea que marchemos a la deriva...* porque ¿cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande? La cual habiendo comenzado a ser anunciada por el Señor nos fue confirmada por los que oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, tanto con señales como con prodigios y diversos milagros y dones distribuidos por el Espíritu Santo según su voluntad.

(Hebreos 2:1, 3, 4)

Estas palabras fueron dirigidas a personas del siglo I que tuvieron la oportunidad de escuchar el testimonio de los apóstoles y primeros discípulos acerca de la vida, muerte-redentora, resurrección y ascensión del Señor a los cielos. Y es también la solemne advertencia que deseamos dejar en el corazón de nuestros queridos lectores. ¿Cómo escaparemos, o qué excusa alegaremos, si no damos la importancia o estima que se merecen las pruebas que Dios nos ha dado de su propia existencia y de su inmenso amor?

La condenación de millones de personas no tendrá otro motivo que éste; al lado, sin duda, de otras faltas y pecados, el mayor de todos será el haber tenido en

poca estima el conocimiento de Dios y la salvación obrada por Cristo en favor nuestro. ¿Será éste tal vez el caso de algunos de nuestros estimados lectores?

Confiamos que no. El mismo hecho de que se hallen ustedes en estos mismos momentos leyendo este libro, es una primera prueba de que están teniendo en consideración y aprecio las cosas espirituales. Significa que les gusta investigar la verdad; pero podría ocurrir que terminada la lectura de estas páginas, se olviden de nuevo de todas las cosas que han leído y no las recuerden sino con mucha pena en el más allá, como aquel rico de la parábola que Jesús contó que recordaba a su familia y pedía que les fuese enviado a Lázaro resucitado para que les exhortase a cambiar de vida; pero Abraham le contestó que esto no era posible, pues tenían ya el testimonio de las Sagradas Escrituras.

Es muy peligroso marchar a la deriva en un asunto tan importante como es el conocimiento de Dios y la salvación de nuestra alma, exponiéndonos a perder las glorias que Él nos ofrece. Para ello no tenemos mejor guía y seguridad que escudriñar, como las gentes de Berea (a quienes nos referiremos en el próximo capítulo), lo que enseña la Sagrada Escritura, y obrar en consecuencia.

Ante el hecho de que nuestra vida se nos está escapando y podemos hallarnos frente a frente con las realidades del más allá por un accidente inesperado o un fallo del corazón, es cuestión de tomar en serio y no demorar el arreglo de nuestras relaciones con

Dios. Reciba, pues, hoy a Cristo como a su Salvador –si no lo ha hecho ya– con toda sinceridad y empiece a vivir desde ahora una vida genuinamente cristiana. Es indecible el gozo que experimentará, cuando se dé cuenta de haber hallado el mejor descubrimiento y el mejor tesoro a que aspira el insatisfecho corazón humano; o sea, la convicción de que Dios es un ser real –de lo cual quizás usted en algún tiempo había dudado– y la seguridad de que Él le ama, y que su propósito no es verle convertido en polvo, sino totalmente feliz a su lado, en regiones superiores del Universo, por toda la eternidad.

XII

PROSIGUIENDO EN LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD

Y éstos fueron más nobles que los de Tesalónica, pues recibieron la Palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así.

Así que creyeron muchos de ellos, y mujeres griegas de distinción y no pocos hombres.

(Hechos de los Apóstoles 17:11, 12)

Este ejemplo que encontramos en el libro de los Hechos de los Apóstoles nos enseña el recto camino a seguir si nos encontramos interesados en descubrir la verdad religiosa y entrar en la debida relación con Dios para obtener el perdón de los pecados y la vida eterna que Él concede a los que de veras le buscan.

Si tiene usted amigo lector un ejemplar de la Biblia, acuda a ella y lea, hacia el final, en la parte que se llama Nuevo Testamento de Nuestro Señor Jesucristo, los cuatro Evangelios, fijándose de un modo especial en las preciosas promesas de Jesucristo que se encuentran en el Evangelio de san Juan.

Vea a continuación cómo entendieron y explican las doctrinas del Evangelio los santos apóstoles, Pablo, Pedro, Santiago, y otra vez san Juan en sus pre-

ciosas e instructivas cartas. Finalmente le recomendamos leer los tres primeros y los tres últimos capítulos del Apocalipsis, ya que lo demás son profecías simbólicas que solamente podremos entender de un modo claro y completo cuando el mismo Señor Jesucristo nos lo explique; pero será útil también estudiarlo una vez haya aceptado a Jesucristo como su único Salvador y trate de entender todo el plan de Dios para este mundo: Los capítulos que le recomendamos del último libro de la Biblia son preciosos por las interesantísimas promesas que contienen y porque nos dan una visión bastante clara y comprensible del mas allá, que todos deseamos conocer.

Una segunda lectura del Nuevo Testamento le convendrá alternar con la lectura del libro de los Salmos y el del profeta Isaías en el Antiguo Testamento.

Como los oyentes que escucharon al apóstol Pablo en la sinagoga de Berea, trate de investigar con la Biblia en la mano si las cosas que ha leído en este pequeño libro son así, pues de ninguna otra fuente podrá cerciorarse mejor que de la misma Sagrada Escritura.

Por otra parte si le ha interesado este pequeño libro, solicite el volumen que es una ampliación del presente, titulado *EL SUPREMO DILEMA*, el cual contiene los siguientes capítulos:

Maravillas del cuerpo humano
Límites de la evolución

Más evidencias de la existencia del alma
¿Envejece el espíritu?
¿Sobrevive el alma al cuerpo?
¿Por qué permite Dios el mal?
La Navidad vista desde arriba
¿Son ciertos los milagros que cuentan los
Evangelios?
Pruebas complementarias de la resurrección de
Jesucristo.
¿Por qué tenía que morir Jesús como redentor?
El Reino de los cielos
¿Qué ocurrirá cuando Cristo venga?
Señales innegables del tiempo del fin
Nunca como ahora
La resurrección universal
¿Qué es nacer de nuevo?
¿Fe u obras? o ¿la fe con obras?
¿Por qué es necesaria la fe?
Todas las cosas nuevas
Cómo vivir la vida cristiana
Algunos consejos prácticos

Como se dará cuenta, estos temas son continuación de los iniciados en las presentes páginas. Y aunque son temas de tan trascendental importancia que necesitarían varios volúmenes para ser tratados en toda su extensión, usted encontrará en el libro que le anunciamos la respuesta a preguntas que posiblemente se ha hecho durante la lectura de este librito.